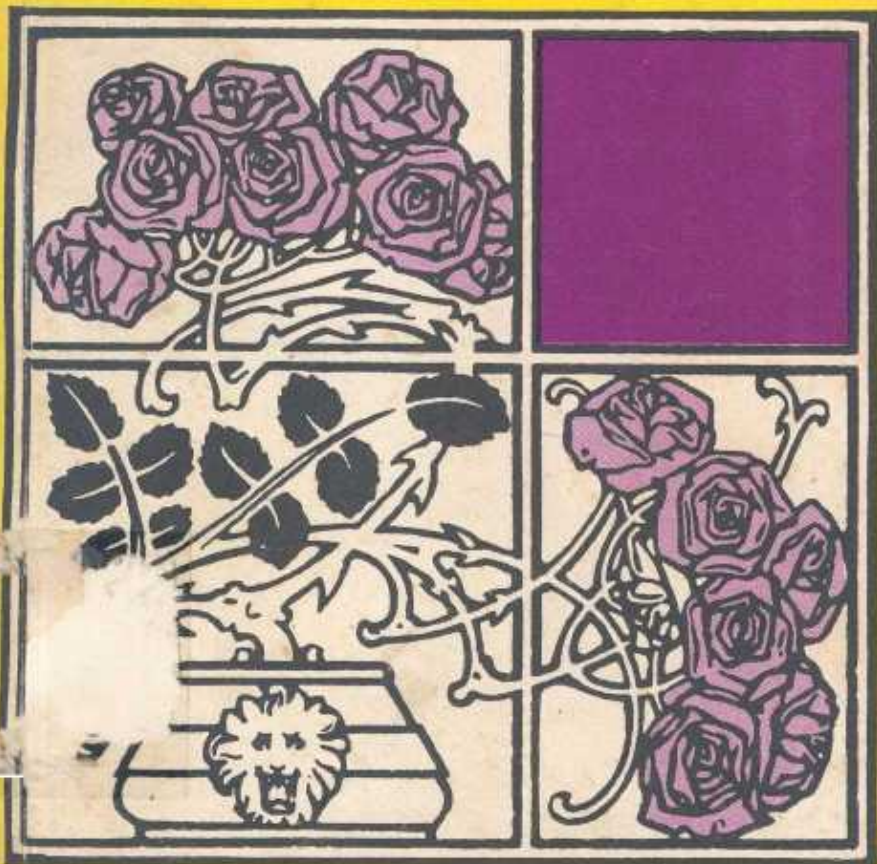


rosa elvira  
alvarez

*p*  
**EL  
ALBA  
PERDURABLE**



**INAC**

COLECCION MULTIPLE / POESIA



# **EL ALBA PERDURABLE**

**EDICIONES  
INSTITUTO NACIONAL DE CULTURA  
PANAMA, 1977**

**COLECCION MULTIPLE Nº 7  
SECCION POESIA**

**\*Derechos Reservados, INAC  
Apartado 662 - Panamá 1, R. de Panamá.**

ROSA ELVIRA ALVAREZ

# EL ALBA PERDURABLE

EDICIONES  
INAC  
PANAMA  
1977



## La angustia mística de Rosa Elvira Alvarez

Gloria Guardia

Por la senda de dos valles —el de la luna, chiricano, y ese otro de Los Angeles, California, donde ella habita— Rosa Elvira Alvarez ha ido escribiendo a ras de tierra, pero mirando siempre con hambre de luz hacia la lejanía de un cielo que promete aperturas infinitas, estos poemas que integran ya cuatro libros —*Nostalgia* (1941), *El alba perdurable* (1968), *Romance de la montuna* (1969) y *Siete sonetos al Escorial* (1970)—, que, hoy, se publican bajo el sello y gracias al empeño del Instituto Nacional de Cultura.

Se me ha pedido que escriba un prólogo; unas palabras, en fin, algo dicho en prosa —dura prosa— que sirva de introito a este hermoso libro. Sin embargo, presentar a Rosa Elvira cuando plumas de la estirpe, sabiduría y gracia de un Ramón Sender, Arturo Torres Rioseco y Pura del Prado ya lo han hecho, resulta un verdadero sacrilegio. Valgan, pues, estas líneas como una epístola de amistad y valgan, también, para dar en cierta medida al traste con ese triste mito de que hablara aquella Virginia Woolf

—estupenda mujer, tan humilde siempre en su genialidad sin par— de que no hay razón alguna para que el lector se deslice de sí mismo, para que le conceda la preferencia de toda primera o última lectura, o sea, de su propia posición o poética a aquél que unos cuantos, ya sea por comodidad o quién sabe qué, han denominado por obra y gracia de la semántica con el vocablo de crítico.<sup>1</sup> Porque el crítico (y hablemos, exclusivamente, del literario, en este caso), en honor a la verdad, es simplemente un apasionado, un envidiado, de los libros. Lee desafortadamente por el placer de ello; lee cuanto a sus manos cae y, cuando mucho, intenta tender un puente, más o menos transitible, entre lo que el autor ha querido decir y lo que el lector —él mismo, en todo caso, porque, a fin de cuentas, toda lectura involucra un juicio hecho desde convicciones personales— no debiera pasar inadvertido. Sea, pues, el propio lector quien descubra por sí mismo a esta pulcra poetisa chiricana y sean estas palabras únicamente un esfuerzo por situarme dentro de un panorama histórico que me permita penetrar y al penetrar intentar descifrar el fuero interno de la autora y, de esta manera, compartir con ella de alguna manera su deleite, soledad y sufrimiento ante el proceso creador para, finalmente, bucear, así, la esencia de esa criatura que es Rosa Elvira: ternura pura para quienes la conocen; aventurera agónica por los oscuros pasadizos de la carne y el espíritu.

Ahora bien, por iniciativa de la autora —¿quién mejor que ella para conocer el “punto céntrico” y más íntimo de su humanidad? — el libro se titula, hoy **El alba perdurable**. Así, ha deseado insinuarnos Rosa Elvira la posibilidad de apertura, o sea, de una perennidad de luz que debe concebirse tal vez como una transformación perenne o como una marcha perdurable e ininterrumpida hacia la Luz<sup>2</sup>, donde el amor, en escala ascendente —el amor en su gran carga, diversidad y misterio: el humano, el patrio y el divino, por ejemplo— sea la vía, la interminable vereda para llegar a la plenitud completa, a la habitación en Cristo.

Si nos hacemos, como ya decíamos, de un cuadro histórico, a Rosa Elvira Alvarez, la poetisa, no es difícil situarla dentro de la llamada posvanguardia literaria de posguerra. Hay que recordar



que una vez liquidada la vanguardia, sensibilidad aquella de choque y apertura que llegó a Panamá, gracias a la visión y esfuerzo de Rogelio Sinán —quien, en 1929, publica, en Roma, su libro **Onda**, bajo el influjo directo de Neruda, Huidobro, Alberti, García Lorca, Salinas y Guillén— se da, en Hispanoamérica, un cambio de perspectiva y forma que da pie a un nuevo plano de escritura que ya no anda tras la orgía del experimento, sino que busca el balance entre lo pasado y lo cambiante, entre lo dinámico y dialéctico y que asume una actitud de “apertura germinativa”, como dijera, en cierta ocasión, Roberto Fernández Retamar. Es cuando surgen, en diversos puntos de este continente, aquellos cuatro movimientos sobresalientes de posvanguardia: 1) la poesía pura, 2) la poesía trascendentalista o metafísica, 3) la poesía folklórica, nativista social y política y 4) por último, la poesía neorromántica o superrealista, que representa el otro polo de atracción o tensión— conjuntamente con su antagonista, la poesía pura —del posvanguardismo.

Alrededor de 1940 (*Nostalgia*, de Rosa Elvira Alvarez, se publica, en Los Angeles, California, en enero de 1942), los poetas nacidos alrededor de 1910, comienzan a publicar bajo el peso trágico de ese momento histórico y, como es de esperarse, surge una poesía que anda en busca de una realidad trascendente, salva-da si se quiere, de toda contingencia. Y, así, unos y otros, escritores y lectores, coinciden en la búsqueda y hallazgo de un ejercicio lírico ambicioso que hable de aventuras místicas y metafísicas y que con el correr de los años se ha llegado a denominar **poesía trascendentalista**, queriendo establecer, tal vez, un vínculo con el pensamiento de Kant y sobre todo con el del poeta, ensayista y filósofo, Ralph Waldo Emerson, principal vocero del trascendentalismo en el siglo XIX. Esta poesía, sin embargo, a veces resulta de un hermetismo expresivo, de una carencia de asequibilidad artística casi total y algunos, erróneamente, podrían confundirla con la llamada poesía de otrora, sino fuera porque, como en el caso de la superrealista, expresa o intenta expresar la pasión de un sentimiento de irracionalismo y subjetivismo en su más entusiasta y personalísima forma, como es, en efecto, la expresión mística: llama de amor ardiente— según, Meister Eckhart, uno

de los más destacados místicos alemanes—, que el hombre venera por dejar, así, que Dios despierte y habite dentro de su alma.

Es dentro de este panorama que surge la presencia de la poetisa panameña Rosa Elvira Álvarez, afortunada que no cae nunca en el oscurantismo expresivo y que logra dar con un medio que transmita y por ende comunique una realidad anímica única en su enorme complejidad sintética, en cuanto a la intensidad de sus elementos afectivos y en cuanto a la nitidez de sus elementos sensoriales.<sup>3</sup> (Recordemos que "poesía es, ante todo, comunicación, establecida con meras palabras, de un contenido psíquico, tal como es"<sup>4</sup>, según palabras del poeta español Carlos Bousoño). Valga, también, subrayar que esta comunicación lírica, ella la alcanza recurriendo al uso de un lenguaje y una forma legítima, sincera y permanente, como resulta el ejercicio frecuente del romance y el soneto: estrofas éstas que, si bien expresan la pasión del sentimiento más entusiasta y personalísima vía de llegar a Cristo, lo hacen dentro de una composición estricta, cuyas raíces se remontan a los orígenes mismos de nuestra cultura y tradición literaria.

Como en el caso de otro gran sonetista y romancista con temporáneo de la lengua castellana, Miguel de Unamuno, su condición de poetisa de transición entre lo anímico y corporal, lleva a Rosa Elvira, por un lado a forzar hasta el límite la forma rigurosa del soneto y del romance y, por otro, éstos le sirven como elemento de contención frente al ímpetu arrollador de su sangre o de su corazón en la palabra. En suma, en el caso de una poetisa tan exaltada como es Rosa Elvira, cuya obra brota de una corriente desbordada y parece darse siempre dentro de ese equilibrio precario entre lo humano y lo divino, entre las lamentaciones de la carne y la búsqueda del Amante —centro de esperanza— infinitamente tierno, generoso y comprensivo, de no haberse ella impuesto a sí misma casi constantemente los más rigurosos moldes formales, seguramente su voz no hubiera llegado a dar de sí todo lo que ha dado. Una vez más, estamos ante un caso de desbordamiento cuantitativo, donde la forma se torna en un obstáculo voluntariamente provocado para alcanzar cumbres de concentración lírica cualitativa.

El poeta, según Whitman, es aquél que responde y por eso es el que escucha; el poeta es aquél que, atento siempre al llamado de la naturaleza y de las fuerzas instintivas de la sangre y del espíritu, ordena y subordina con belleza. De ahí, pues, que cuando un poeta resulta verdadero, no pueda sino tomarse elemental y universalmente a sí mismo como sustantivo de poesía. Y es que él, mejor que ningún otro, sabe que tomarse a sí mismo es tomarse con todos los demás y con todo el universo. El caso de Rosa Elvira no es por eso la excepción. Ella se toma a sí misma —a sus amores, anhelos y pesares— para prevalecer como revelación a veces trágica —es decir— humanizada, de lo cósmico.

Ahora bien, dada la tremenda tensión interior entre lo que conoce y lo cognoscible, o sea, entre lo que escucha y lo escuchable, entre lo que ama y lo amable, que domina el espíritu de Rosa Elvira desde su primera infancia (ella escribe su primer poema —responde, si se quiere—, el día que recibe su Primera Comunión), no es de sorprendernos que este impulso originario la lleve por el camino de la búsqueda de una realidad —de una claridad— que trascienda los linderos de lo limitado. Y de ahí que resulte sobremanera interesante observar cómo, cuando Rosa Elvira Alvarez despunta realmente como poeta, lo hace con un libro cuya nota predominante es la nostalgia: nostalgia por la patria, por el amante, por la presencia ausente de los padres, por el mar, el cielo, una calle; y, es tal la fuerza de este sentimiento que, ella misma, no titubea en darle al libro ese título tan sugestivo. Sin embargo, esta condición anímica no cobra su verdadero ímpetu, diríamos mejor, su auténtico significado (el mismo Torres Rioseco le dirá a Rosa Elvira en el prólogo a *Nostalgia*: “no puedo definirte”<sup>5</sup>), hasta la redacción del libro los *Siete sonetos al Escorial*, momento éste cuando la mujer —que ha pasado por un proceso cognoscitivo que va del amor carnal, al amor patrio y de ahí al “integral amor del ser humano por la vida y todos sus niveles y aspectos”<sup>6</sup>, como dijera el gran Ramón Sender—, encuentra, al fin, que en todo acto de conocimiento se hace, de una forma u otra, inmanente en nosotros el ser de Dios: El está antes, en y después de todo lo creado y cognoscible; y, así, todo objeto resulta, gracias a El, un objeto ya conocido en nuestro espíritu.<sup>7</sup>

De ahí, pues, la gran carga de nostalgia que acarreamos a través de la vida; ahí, pues, la respuesta a aquellos versos de 1942, que viene a nosotros tarde, es cierto, pero llega. Conocer, para Rosa Elvira, ya a partir de la redacción de los *Siete sonetos al Escorial*, será iluminar cualquier objeto con la presencia creadora de Dios; será interiorizar al objeto amado; será, por ende, nostalgia perenne del alma que anda siempre en busca de reconocer algo más, de marchar ininterrumpidamente hasta lograr habitar en la inmediatez del Amado. Pero, la vía es dura y ella lo sabe; la vía es exigente y la dialéctica del conocimiento finito con frecuencia exige de ella la unión con El; la entrega mutua, precisa e inmediata:

Cautiva en Tu semilla, los dolores  
son mi colmena de melancolía  
van por los mares de la poesía  
como inocentes peces voladores.

Del gozo prisionera, en mi agonía  
ando a oscuras buscando aquella puerta  
inaccesible hoy, antes abierta,  
que a mis nupcias sin nombre conducía.

Como la mar bajo la luna crece  
mi cuerpo herido por la luz eterna  
se extiende por Tu cielo incalculable

y mientras mi pasión se recrudece  
y duerme el agua en la lustral cisterna  
yo Te espero en Tu lecho innominable.<sup>8</sup>

En este tipo de amor —el amor místico—, tal como apunta Ramón Sender en su estudio sobre Rosa Elvira, “no hay renuncia sino sublimación” y de ahí que no haya, según el mismo Sender, Underhill y otros, “nadie más vital ni más positivamente afirmativo que un místico”<sup>9</sup>. Sin embargo, también es cierto que este amor, en vez de representar un estado de placidez o júbilo constante, se torna, para aquéllos a quienes se les hace comunicable, en una relación apasionada que lleva al alma de una crisis espiritual a otra; de un estado anímico a otro. En suma, se trata de un amor que da fatiga, que atormenta:

En el místico —ha dicho el médico español Félix Martí Ibáñez, fundador de la revista *MD en español*, recientemente fallecido— se realiza una inversión de los valores que integran el amor humano. El amor humano se nutre de sí mismo; en el amor humano, el amor mismo lo es todo...

En el amor místico, por la divina calidad del Objeto amado, éste se erige en árbitro supremo de la escena amorosa. El místico a menudo acaba por no desear ser amado, siendo su único anhelo alcanzar el amor de Dios para vivir en El. Al supervalorizar el objeto de su amor relega a segundo plano el acto de amar para concentrarse en el obsesionante objeto de su amor.

De esta postura nacen el escrúpulo, la duda, la angustiada vacilación cuyos lejanos ecos pueden paralizar la acción espiritual del místico. Situando a Dios en primer plano, son así también colocados los detalles y sutilezas del Amado que, agigantados por esa óptica obsesionante, originan un sentimiento de "celo". Pero la excelsitud de la Divinidad no permite rebajarla, interpretando, como si se tratara de un amor humano, sus gracias y desfavores. Todas las inquietudes y celos del místico, que no puede tener acceso a Dios, son entonces, por rebote —contra un Ideal, libre de imperfecciones, devueltas al místico de un raquetazo, como la pelota en una partida de tenis. Como al místico no se le permite estar celoso de Dios, tiene que estarlo de sí mismo. Al no poder preguntarse si el divino Objeto de su amor le corresponde y si es digno de su amor, el místico da vuelta a la cuestión y se pregunta si él, el místico, es digno de su Amado y si es capaz de corresponder a los celestes dones recibidos. Esto, acaso, explique el escrúpulo místico, que campea en la vida y obra de tantos místicos que temieron no a su Amado, sino a sí mismos, a sus frágiles pasiones que entorpecían su amor a Dios.

Para el místico, amor es temer y, por eso se convierte en esclavo de su propio miedo, osando sólo ofrecer su mansa servidumbre a la telaraña amorosa de sus quimeras. Ello exagera en el místico lo que hay de tendencia autista en todo enamorado, a vivir enquistado en la torre de marfil de sus fantasías. Mientras que el enamorado envía su mensaje amoroso y recibe la respuesta, el místico tiene que forjarse él mismo su respuesta, lo que le hace vivir desplazado de la realidad, interpretando en su mente sus dudas y escrúpulos, intensificando su soledad, obsesionándose con el miedo a no llegar a bañarse en las aguas cristianas de la celestial sabiduría.

Quizá, el poema de Rosa Elvira Alvarez que mejor exprese lo arriba expuesto sea el titulado "Pirausta", también del libro *Siete sonetos al Escorial*. Aquí la poetisa ha elegido el símbolo de la mariposilla que suponían vivía en el fuego y que moría si se apartaba de él para darle, en efecto, vuelta a la cuestión y preguntarse "si es ella digna de su Amado y si es capaz de corresponder a los celestes dones recibidos"; aquí, ella "teme y por eso se convierte en esclava de su propio miedo"; y, por último, aquí ella, enamorada, si bien realiza una escritura con destinatario y se plantea el problema de una apropiación del mundo desde una relación de "tú a Tú", también es cierto —y ella lo sabe— que ella y sólo ella tendrá que forjarse su propia respuesta y esto, por supuesto, la desplaza de la realidad, forzándola a interpretar en su mente sus dudas y escrúpulos:

Criatura cautiva en Tu silencio  
y derramada por mis soledades  
con un rumor de alas hacia adentro  
y estigmas de azafranes en la sangre.  
Mariposa que alienta con Tu fuego  
ala tierna en lo cáustico quemada,  
lágrima que no seca mi pañuelo,  
sítaba tierna que los labios callan.  
Ven a mi lado y reza tu rosario  
de ayes que no se dicen con palabras,

pon tu aliento amarillo junto al mío  
y tu ala roja al lado de mi ala.  
Mírame como soy, como merezco,  
si crees que merezco ser mirada,  
dime por qué tus horas son racimos  
en las vides sin fruto de la nada.  
No me niegues el heno de Tus pastos  
y en la cal viva posa Tu sandalia,  
dime por qué Tu fuego así nos hiela,  
por qué mi frío quema tu garganta... 11

Curioso, también, resulta observar cómo esta escritura en forma dialogante ha derivado directamente de una correspondencia afectiva, donde el Tú **define** y, en última instancia, **determina** la vinculación que se da entre una y otra de las partes de esta relación y, donde, por ende, es fácil advertir la posición, de suyo, alterada de los términos pronominales de la pareja. Esto, a su vez, permite, o más bien, conduce a la poetisa a asumir una serie de máscaras o roles frente al mundo; roles o máscaras éstas que dan pie a una ambigüedad poética y que, en todo caso, se ajustan a las etapas que marcan la evolución de ella dentro del proceso místico. Veamos, por ejemplo, aquella estrofa del romance “Erótica Virtutem”, donde esto ha quedado claramente demostrado:

Vienes fuera de tu cuerpo  
andando sobre las ascuas  
quien te ve no te conoce  
por más que no llesves máscara  
y nunca sabrán si fuiste  
hembra turbia o mujer clara  
aunque San Gabriel envidie  
la candidez de tus alas...<sup>12</sup>

La exaltación de amor místico, como podemos ver, la radiactividad de la palabra, ha llegado, en Rosa Elvira a su cúspide en el libro *Siete sonetos al Escorial*. Toda obra anterior —*Nostalgia*, *El alba perdurable* y el *Romance de la montuna*— es preparación, es ascenso, es evolución espiritual desde un mundo natural y cultural, a otro, donde todo queda, por fin, subordinado al Amante.

Asimismo, la obra escrita a partir del momento ese de las nupcias llevará el sello del amor, de la fraternidad, de la búsqueda perenne, de la entrega. Cristo ha elegido a esta mujer para habitar en ella y el sello de esta alianza quedará presente en poemas que, paradójicamente, brotará desde una llama de amor angustioso que, si bien busca llevar a todas las criaturas y a todos los amores —el maternal, filial, conyugal, fraternal y patriótico— hacia Dios, reconoce, también, que la vida en El no es cómoda ni placentera, sino, más bien, es como una herida profunda, como una “noche oscura”, como el éxodo constante con una sensibilidad al descubierto que la mantiene a ella, siempre, en doloroso estado de alerta:

Señor, en esta playa solitaria,  
entre la pena y mis dorados huesos  
y en estos desolados mediodías  
hay un grano de arena  
que se empina hacia Ti,  
hay un sordo sollozo y una lágrima  
derramada por mí,  
una pupila noche y día alerta  
sólo por verte a Ti,  
una brizna de este amor que muere,  
un fuego, flagrante por tu nombre...<sup>13</sup>

Dentro de los tres estadios de la escala mística: purgativo, iluminativo y unitivo, es evidente que Rosa Elvira Alvarez se halla aún morando en el primero. La escritura de la poetisa se afinca, en la mayoría de los casos, en zonas temáticas donde el yo va, del soliloquio al diálogo angustioso, siempre dentro de situaciones imaginarias o evocadas, provenientes de una relación comunicativa impar. Aquí, sin duda, la pareja **yo-tú o tú-Tú**, se mantiene casi inalterada y, cuando mucho, alcanza transformarse en **yo-él o yo-niño** (tal como sucede en poemas como “Chicano”, “La oración del limpiabota” y ese otro “A un niño que se llama Juan”). Esto, asimismo, pudiera interpretarse como atisbos de un posible arribo de la poetisa a un estado de inocencia virtual, necesario, sin duda, para ascender dentro de la escala mística. Sin embargo, es preciso observar cómo una vez que Rosa Elvira adopta esta



posición de criatura recién hecha, si bien en ella florece la ternura, también es cierto que su lenguaje parece hacer votos de pobreza, ya que es el mensaje de denuncia de una situación social, así como la coherencia del discurso, lo que predomina en el poema.

Tratar de vincular la poesía de Rosa Elvira Alvarez a la de sus contemporáneos panameños sería una labor, de suyo, infecunda. Ella guarda con ellos una relación, más bien generacional, que temática o formal. Es cierto que hay un momento en la poesía de Rosa Elvira —el de *Nostalgia* y el *Romance de la montuna*, por ejemplo—, cuando la presencia de la patria geográfica se hace particularmente presente. No obstante, a partir de los *Siete sonetos al Escorial*, la brújula cambiará de norte y, de ahí en adelante, Panamá, en los versos de esta poetisa, se hallará presente de una forma menos individual, menos egósta: la patria, si se quiere, ha cobrado connotaciones de tierra prometida, de una comunidad de personas en trance hacia la Luz.

La publicación de estas **Obras Completas** es un hecho de justicia. Hacía rato que estábamos en mora tanto con Rosa Elvira como con sus lectores, quienes, en su mayoría, la han llegado a conocer a través de algunas publicaciones periódicas y sobre todo, gracias a los titánicos esfuerzos realizados por el excelente antólogo e historiador literario, Rodrigo Miró. Sin embargo, si bien, en Panamá, las antologías han respondido durante décadas a una necesidad imperante y han sido medio indispensable de conocimiento, también es cierto que cuando un autor es leído o estudiado únicamente a través de este tipo de publicaciones, se corre fácilmente el riesgo de perder la perspectiva de una obra valiosa. Valga lo dicho para insinuar el hecho de que conocer a un escritor solamente a través de sus grandes acordes, significa inducir al lector a caer en el vicio común de que una simple alusión le baste para creer que conoce lo que apenas reconoce. En resumidas cuentas, pues, la aparición de este libro representa un buen precedente y rubrica una realidad alentadora: el hecho de que el panameño está dispuesto a invertir su tiempo en la lectura de obras de mayor alcance.

La palabra de Rosa Elvira Alvarez —palabra de contemplación activa— llega, al fin, a nosotros con afanes de brindarnos una cosmovisión que arranca desde ese hondo dolor que brota de la oscuridad de la fe. ¡Celebremos, agradecidos, esta Epifanía!

### Citas al texto

1. Woolf, Virginia. "An Essay in Criticism", *Granite and Rainbow* (New York: Harcourt Brace Javanovich, 1975), pp. 85-86.
2. Boros, Ladislaus. *Somos Futuro* (Salamanca: Ediciones Sígueme, 1973), p. 38.
3. Bousoño, Carlos. *Teoría de la expresión poética*. Segunda Edición (Madrid: Editorial Gredos, 1956), p. 46.
4. *Ibid.*, p. 20.
5. Torres Rloseco, Arturo. "Prólogo" a *Nostalgia de Rosa Elvira Alvarez* (Los Angeles: Editorial Darfo, 1942).
6. Sender, Ramón. "Fragmento de un mensaje enviado con motivo de la lectura de los poemas de Rosa Elvira Alvarez", publicado en *El alba perdurable de Rosa Elvira Alvarez* (Hollywood: Ediciones de la Frontera, colección *El centauro decapitado*, 1968).
7. Boros. *Op. cit.*, pp. 35-36.
8. Alvarez, Rosa Elvira. "Soneto a Dios", *Siete sonetos al Escorial* (Hollywood, Ediciones de la Frontera, colección *El pez sin escamas*, 1970).
9. Sender, Ramón. *Op. cit.*, publicado en *Siete sonetos al Escorial de Rosa Elvira Alvarez*.
10. Ibáñez, Félix Martí. "El corazón de Teresa", *MD en español*, marzo de 1976, p. 14.
11. Alvarez, Rosa Elvira. "Piraust ", *Siete sonetos al Escorial*, p. 10.
12. *Ibid.*, "Erótica Vitutem", pp. 11.
13. *Ibid.*, "Freeways' a ninguna parte", p. 13.

**NOSTALGIA**

**( 1942 )**



## NOSTALGIA

Llevo una angustia en los ojos  
y otra más honda en el alma  
por haber visto estos cielos  
y estos mares verde-plata.  
Las manos pálidas traigo  
y largas por la nostalgia,  
gaviotas de picos rojos  
sin un hogar ni una patria.  
Tras esta sonrisa dulce  
hay otra sonrisa amarga  
por las sales de otros mares  
y espejismos de otras aguas.  
De arañar tanto el recuerdo  
las uñas llevo gastadas;  
la soledad ha vestido  
de blanco todas mis lágrimas.

Quisiera volver a verte  
esmeralda de mi patria,  
Panamá que yo recuerdo  
pequeña y enamorada  
de los crepúsculos rojos,  
sensual, joven, extasiada,  
con el traje a la rodilla  
y una cesta de guayabas,  
mostrando los dientes blancos  
y una cintura delgada.  
Ciudad, cabellera al sol,  
ciudad, música lejana,  
peinándote rumorosa  
entre abanicos de palma:  
cuando yo te vuelva a ver  
estaré ya tan cambiada.

Ha enmudecido la alondra  
porque se rompió las alas.  
Llevo una angustia en los ojos  
y otra más honda en el alma...  
Hoy, en lomos de un deseo,  
he llegado hasta tu playa;  
la realidad esquivando,  
la realidad tan amarga.  
De tanto cruzar los mares  
ya no mido las distancias;  
me echo a volar otra vez  
goteando, vivas, mis ansias.





## ROMANCE DEL BARQUITO SIN REMOS

Llorando estaba la niña.  
¿Fue realidad o fue sueño?  
El lago es el mismo, pero  
aquel barquito sin remos  
con un radio que lanzaba  
gritos a los cuatro vientos,  
¿Fue realidad o fue sueño?  
Y el sol, aquel sol de invierno,  
sol que parecía nuevo  
como si por vez primera  
brillara en el firmamento;  
sol que aun arde entre las mallas  
temblorosas del recuerdo,  
¿Fue realidad o fue sueño?  
Yo le cantaba muy quedo  
canciones —casi sonrisas—

y él a su vez me decía  
yo no sé qué absurdos cuentos.

Detuvimos el barquito  
hubo un suspiro, un silencio,  
y el lago, el espejo-lago,  
copió todos nuestros besos.  
(Un cisne alargaba el cuello  
como si pescar quisiera  
a flor de agua un anhelo,  
una emoción, quizá un beso).  
Llorando sonrió la niña  
al despertar de su ensueño.  
Lágrimas se vuelven mieles  
cuando el amor es sincero,  
y aunque el amado está ausente,

aunque su amor anda lejos,  
sabe que fue realidad  
aquel barquito sin remos  
que se agita dulcemente  
en los mares del recuerdo.



## ROMANCE DE LAS NIÑAS QUE QUIEREN VER LA NIEVE

Sal que ha llegado el sol  
y te anda, niña, buscando.  
Sal aprisa a ver el Sol.

El Sol que cruzó los mares  
y te viene a visitar,  
trae la cara salpicada  
por las espumas del mar.  
Sal, que ha llegado el sol.  
Niña que dejó su Trópico,  
niña que dejó su Sol.  
atraída por la nieve  
sobre la nieve lloró,  
Blanca Rosa la llamaban;  
dicen que un día partió,  
cabalgando en un ensueño  
para cabalgar mejor.

Hoy la llaman Blanca Nieve  
y de un extraño mal muere.  
Se ha quedado blanca, blanca.  
y el corazón no le duele;  
Se ha quedado blanca, blanca  
y el corazón no le duele  
por eso ha venido el Sol  
a derretir esa nieve.

Sal, que ha llegado el Sol  
y te anda, niña, buscando.  
Sal aprisa a ver el Sol.

**ENVIO:**

Niñas que os quejáis del Trópico,  
niña que os quejáis del Sol,  
la nieve de extrañas tierras  
más de un corazón heló.

## PRISION

Qué triste es quedarse en casa  
si hay alegría en el alma  
y el corazón pide a gritos  
castañuelas y maracas.  
Cuando se es joven y alegre,  
qué triste es quedarse en casa.  
El alma a oscuras y sola  
como lámpara apagada,  
y una angustia inexplicable  
amarrada a la garganta.  
Qué triste se me hace el cuarto  
hoy que tengo alegre el alma.  
Y pensar que el tiempo corre  
(sólo se le ve la espalda),  
que la muerte anda rondando  
y la juventud se acaba.

Qué triste se me hace el cuarto  
hoy que tengo alegre el alma,  
Prisiones que nos formamos  
(que prisión es esta casa),  
y el corazón pide a gritos  
castañuelas y maracas.



## ROMANCE DEL AMOR FUGAZ

Hoy que te quiero olvidar  
te adentras más a mi pecho,  
y no ha podido la ausencia  
oscurecer tu recuerdo,  
ni la mar azul que brinda  
olvido y amores nuevos.  
Ni ojos zarcos ni ojos verdes  
ven como tus ojos negros.  
(Eres la voz de mi ensueño  
que me llama desde lejos).

Andaba entonces perdida  
entre mi alma y mi cuerpo.  
Era la hermana sonámbula  
de la inercia y del silencio,  
de los dolores sin voz,

de las palabras sin eco,  
de los rumbos que no son  
y de las naves sin puerto.  
(Tú eras la voz de mi ensueño.  
Me llamabas desde lejos).

Pero me vieron tus ojos  
— ¡Oh dulce deslumbramiento! —  
en ellos vacié mis sueños,  
se hizo arrullo mi lamento  
y poblaron voces blandas  
los ecos de mi silencio.  
La nave perdida y sola  
de pronto encontróse en puerto.  
(Hoy un pañuelo fantasma  
me dice adiós desde el viento).

Adiós le digo. Fugaces  
fueron los dulces momentos.  
Mis lágrimas lavarán  
día y noche tu recuerdo.  
Y si regreso algún día  
espérame en ese puerto  
El alma agria y desolada  
necesita de tu acento.  
(Tú eres la voz de mi ensueño  
y se la ha llevado el viento).



## SONRISAS

Hay un juego de sonrisas  
y estremecimientos hondos.  
Los ojos parecen soles  
y los pies parecen plomo.  
Jugamos a las sonrisas  
—rubores yo, tú sonrojos—,  
icómo quisiera ser brisa  
para besarte los ojos!  
Tus pupilas, ya más cerca,  
y en su fondo desfilando  
promesas de mil deleites  
montadas en potros bravos.  
Cenizas de otras miradas:  
iqué ligero vais dejando  
campo para más cenizas,  
alma para más cansancio!

Juguemos a las sonrisas  
y estremecimientos hondos,  
Tus ojos parecen soles  
y mis pies parecen plomo.

## LLANTO EN LA ALBORADA

Yo sé que grito en un espacio muerto.  
Yo sé que esta inmensidad no tiene eco  
y mis palabras caen destrozadas al abismo  
cómo pétalos secos.  
Yo sé que mis rosa es imperfecta  
y que voy tropezando en una noche sin fin,  
y voy con mis ojos de estatua viva y muerta  
hacia no sé qué fin.  
Voy porque tengo que ir,  
y grito en estas playas desoladas.  
Mi grito se hace arrullo en las noches con luna  
y llanto en la alborada.  
¡Ah la ola de tristeza que me arrastra  
hacia el corazón oscuro de las desolaciones!  
¡ah el mensaje que tengo que decir! ,  
¡ah mis pobres gestos, mis canciones..!

**El cielo, el mar, la tierra y unos cuantos oídos  
en la noche sin fin...**



## TARDE DE MAR

Versos y besos  
a la orilla del mar,  
olas que se cruzan  
sin saber dónde van.  
Ala de gaviota,  
sobre espuma de ola,  
un alma que es loca  
y otra alma que es sola  
Arenilla incierta  
que se lleva el mar,  
esta arena no sabe  
si viene o si va.  
Vidas que se cruzan,  
velas que se alejan,  
no saben si llevan  
o si dejan.

Versos, besos, velas,  
eterno soñar.  
Mi huella en la playa  
¿quién la borrará?  
A la de gaviota  
espuma de ola,  
ésta mi alma loca,  
y esa tu alma sola.  
En el alba-rosa  
un barco se irá,  
cuando el sol se oculte,  
¿quién se acordará?  
Versos y besos  
a la orilla del mar;  
almas que se cruzan  
sin saber dónde van.

## FINA SENSACION

El ojo verde de la naturaleza  
siempre alerta e insomne  
me mira desde el lago.  
En su pupila me reflejo toda  
envuelta en el abrazo sin presión  
de un árbol.  
Fina sensación,  
quedarse presa en el cristal de un lago  
en un abrazo de árbol.  
Los labios frescos de la naturaleza  
se pegan a mi carne  
con su beso húmedo de musgo blando.  
Me acaricia la lengua de un helecho  
y yo me voy transfigurando.  
Fina sensación,  
estoy clavada

entre ese ojo verde  
y estos labios.  
Alma del paisaje voy tendida  
en la pupila del lago  
envuelta toda en el abrazo sin presión  
de un árbol.

## RETRATO

Hombre de mediana estatura,  
en el alma llevo estampada  
tu figura.

Si yo fuera surrealista  
te pintaría con un solo ojo oblícuo  
claro, profundo y sadista.

Tu boca, hendedura larga  
jugosa y gruesa y amarga.

Tu espalda encorvaría  
con la joroba de la melancolía

El retrato terminado

en la pared te clavara  
como a un crucificado.

Con tu ojo largo,  
tu boca gruesa  
y tu beso amargo,  
soñaría.

Rubia Magdalena  
que se muere  
de melancolía.

## PURO DIAMANTE

Dices que tengo una voz  
de rumba y tango,  
y que a la vez puede ser  
diamante y mango.  
Dices que voy bailando  
hacia la muerte,  
yo detendré mi baile  
por retenerte.  
Que has encontrado a todas  
las que en mí habitan,  
a la mujer de carne  
y la infinita.  
Que sacaste de ti  
mi yo impreso,  
y ahora lo devuelves,  
lágrima y verso.

Yo no quiero dejarte,  
siempre contigo  
deseo gustar la nieve  
de mi delirio.  
En verso te devuelvo  
diamante y mango,  
yo sigo con mi baile  
de rumba y tango.  
Y seguiré contigo  
lo mismo que antes,  
puro mango del trópico,  
puro diamante.



## CAPRICHOS

Ser en tus mares extasiados, ala,  
y por tus mares sin espacios, ola,  
en tus raros lagos de cobre, vela.  
Ala, vela y ola.

En tus momentos estériles  
corola viva de un ansia.  
Ser el único nenúfar con fragancia.

En la taza de mis manos  
darte jugo de ternura  
y dejar que en mis labios viertas  
jugo de hartura.

Ser lo que soy, ser así,

lo intocado, la imposible,  
mujer sensual para éste  
esmeralda para ti.

## MAR Y TU

Esa línea verde  
allá en la distancia  
que separa el cielo  
del mar verde-plata.  
Esa estrella eterna  
que parece un alga  
bañándose quieta  
en esta copa ancha.  
Tú y yo perdidos  
sobre espacio y playa,  
las velas lejanas,  
las gaviotas blancas,  
¿no conmueven tu alma?  
No, porque mis ojos  
ven y no ven nada,  
y la estrella vieja

y la mar es agria,  
y esa línea verde  
no es verde ni es larga;  
yo no siento nada,  
tan sólo me acuerdo  
de aquella voz blanda  
que en la tarde quieta  
me llamó su amada.

## MONEDITA DE PLATA

Te di mi corazón  
como se da a un niño pobre  
una moneda de plata.  
(Nadie lo habrá querido...  
Este es un chico tan triste...  
Sentí una lástima).

Con qué inmensa ternura  
puse en tus manos callosas  
la monedita de plata.  
La miraste fascinado,  
no te atrevías a guardarla.  
—Niña, siempre he sido pobre,  
sin hogar, sombrero o patria.  
Le devuelvo el corazón,  
yo prefiero cerro y pampa.

Tome Ud. su realidad  
y déjeme mi esperanza.  
Cuando la luna es redonda  
yo me la bebo en las charcas.  
Es el mejor lenitivo,  
si sabe a pura melaza.

(Ay mi monedita de plata!  
guardé mi corazón...  
Sentí una lástima).

## EN LA CIUDAD

Voy por la tierra  
con los ojos fijos en el mar.  
Ascensor, al piso 25  
para ver el mar.

Las calles parecen venas de gigantes;  
aquella arteria rota es Wilshire Boulevard.  
Omnibus 3.000,  
Llévame a la playa para ver el mar.

Los tranvías son gusanos amarillos  
que encienden sus ojos ciegos, al andar.  
Tranvía de este año, silencioso y amplio,  
llévame hasta el mar.

El mar, el mar, el mar.  
¡Ay, barquito bueno:  
móntame en tu lomo  
y échate a nadar!



## DESEOS

Quisiera una daga fina  
aguda como un deseo  
para atravesarte esa alma  
que no siento y que no veo.

Quisiera una daga fina  
del color de tus pupilas,  
y asesinar tus palabras  
siempre sobrias y tranquilas.

Quisiera hacerte vibrar  
Dios de piedra,  
pues pronto vas a criar  
musgo y yedra.

Luciría tu perfil

en un viejo medallón  
mucho mejor que en mi lecho  
y mi sillón.

## COSQUILLEOS DEL SOL

Afuera el sol con sus dedos puntiagudos  
le hace cosquillas a mi canario,  
y ríe en gorgoros el prisionero  
como si en vez de pico tuviera labios.

Sobre el tejado de mis vecinos  
(que anoche la lluvia pulió, amorosa),  
el sol estira sus dedos finos  
y los escurre por la tupida enredadera  
donde... en delicias... tiembla una rosa.

Entra un olor a tierra mojada.  
Lloró anoche la lluvia lágrimas fértiles  
(hay muchas semillas ya reventadas).

...y ahora son los cosquilleos del sol

en los tejados,  
en los aleros,  
entre el Misterio de las Semillas,  
aquí en las rejas de mi canario  
que ha convertido su pico en labios,  
y ¡oh maravilla! . . . .  
el sol creyendo que mi alma es rosa  
o tal vez ala de mariposa,  
también a mi alma le hace cosquillas.